

El lápiz de Esculapio

Partidas inacabadas

Joaquín Valls Arnau*

Los horarios de visita eran muy estrictos: de diez a doce por la mañana y de cuatro a seis por la tarde. Cuando no estaba conmigo, mi padre permanecía en la pensión, resguardado del intenso frío exterior, o se paseaba por la ciudad. A mí acudían a despertarme al alba, y durante buena parte del día no cesaban de hacerme pruebas y análisis, mientras hablaban entre ellos una lengua para nosotros extraña.

En el rato que ambos pasábamos juntos por la mañana, primero bajábamos caminando hasta el lago, en cuyo interior algunos patinadores trazaban figuras sobre la superficie helada, y de regreso nos dedicábamos a chutar castañas en una plaza por la que nadie transitaba. Por la tarde escribíamos a mamá y a mis hermanas y jugábamos una partida de cartas tras otra. Íbamos anotando en un cuaderno los puntos acumulados hasta que, cuando en un campanario cercano daban las seis, la enfermera hacía su aparición por la puerta. Entonces mi padre se levantaba, se despedía de mí con un beso y salía precipitadamente de la habitación. Esa última partida de la jornada, que en algún caso hubiese podido decidir el resultado final, quedaba siempre inacabada.

* Funcionario y gerente de un organismo público, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: vallsaj@diba.cat.